

LA VIRGEN DE LOS ALFILERITOS

(Fragmento del libro recientemente publicado con este título por nuestro asociado D. Román Ariz, ilustrado con magníficos dibujos de Enrique Vera).



ENCUENTRO. María camina en dirección a la pequeña capilla. Su imaginación no está en la sagrada imagen que allí se venera. Su pensar se halla fijo desde ayer en el resultado de su estratagemata. ¿Oiría el joven sus palabras? ¿Comprendería su sentido e intención? ¿Vendría hoy? ¿Le volvería a ver?



Estas preguntas y muchas otras más revoloteaban en su ánimo sin que a ninguna de ellas la conturbada joven pudiera darles cumplida respuesta.

Mas, ya está en la calle del Refugio. Ya divisa la pequeña hornacina, y sus ojos, asombrados, ven junto a aquélla al joven desconocido. Llena de emoción quiere volver atrás. Quiere pasar de largo. No puede. Aquello era lo inesperado. En todo hubo pensado menos en que su encuentro fuere de aquel modo. Y sin que ello fuera parte su voluntad, se acerca a la hornacina, y con los ojos bajos y en voz apenas perceptible, ruega al joven se aparte y la deje lugar para rezar. María reza, y ya inconsciente, toma el alfiler que a pre-

vención llevaba, y después de santiguarse, hace su ofrecimiento como en días anteriores.

Ello da lugar a que el joven la pregunte por tan extraña devoción y ofrenda, y María aturdida, le muestra su mano con la aún rosada cicatriz, y en apagada y entrecortada voz, le relata lo sucedido, y su ofrecimiento a la Dolorosa de siete alfileres en recuerdo de sus siete sacratísimos dolores por su milagrosa curación.

Y al decir esto, la joven cree gozosa que la Virgen le perdonará aquella ligera mentirilla, si es que, pensaba también, no fuera inspirada por Ella misma.

Desde su puesto de espera, el desconocido había podido observar de lejos a María, y en su ya amorosa contemplación, solo vió de ella su asustada carita, tan pronto pálida, tan pronto arrebolada, según sus cambiantes emociones; vió también sus manos, blancas y aladas manos, cuyos irreprimibles movimientos revelaban, bien a su pesar, las agitaciones de su ánimo. Llegada a su lado, ya no ve sino sus negros ojos, para él ráfagas de luz, cuando tímida levantaba hasta los suyos su mirada. Y el joven quedó prendado, más que antes lo fuera, de todos sus encantos.

También María, en su medroso mirar, ha visto en el rostro recio y varonil de su deferente interlocutor, la galante sonrisa que de continuo afluía a sus bien diseñados labios; el atento y firme mirar de sus garzos ojos; su alta frente y cervantina nariz, conjunto de rasgos y expresión que, unido al airoso talle y gentil continente del aparente forastero, tanto le afectaran en su primera visión.

